

CUCHIFRITA DE CHUMANDIA

La princesa Cuchifrita no parece una princesa, no tiene cara de hada ni una boquita de fresa; sus cabellos no son de oro ni su cintura luce esbelta...Para cortar por lo sano, concluiremos por lo claro que, sus ojillos de ratón le rematan la expresión enmarcada en su tristeza. La princesa Cuchifrita no es frágil como gacela, no le gusta la música clásica ni bailar en las verbenas. No quiere oír ni hablar de gráciles principitos que, subidos en corceles piensen en venir a verla, para así pedir su mano a tenor de su riqueza, pues, como ya hemos comentado, su apariencia no es perfecta.

Sus padres son *Los reyes magos*. Pero no los del Belén, sino unos muy majetes que adoptaron sobrenombre por su arte de vivir del cuento de su heredado en un palacio grandísimo, para que un millar de almas trabajasen sin descanso, sirviéndoles veleidades, a cambio de exiguo sustento consistente en poco menos que alimentarse de restos. Que aquí, las excelsas majestades, reposan de sus disolutas vidas, rebosantes casi siempre de rimbombantes tareas que no precisan de testa, amén del tiempo que emplean en vestirse y desvestirse con todos sus perifollos. ¡Bastante tienen los pobres con mantener en su mano el largo y pesado cetro, el cual los convierte en seres cuanto menos ampulosos! Porque nacer como azules es garantía de serlo en todo cuento del bueno, salvo que un día, entre encopetados brindis, un mortífero veneno nos dé paso a otro heredero, el cual se encontrara en el paro; pues, como bien es sabido por todo estadista experto, un primito picajoso *siempre* sale de la nada si hay que repartir herencia ...Y si se trata de trono, seguro que la parentela, huelga.

Mas hasta ahora no había persona que pensara muy diverso o, si hubiere, no nos consta. Lo que debe de quedar muy claro para seguir con la historia, es que unos pocos vivían por llamarse de una forma, y otros, lo más, morirían sin tener ni un *parche poroso* que aliviara sobre el pecho, cuando un resfrío atacara de cara en el duro invierno.

Pero, dejémonos de utopías, de convenio laboral, de sociedades más justas o de estúpidas repúblicas, teniendo una princesa al fresco.

Decíamos que Cuchifrita era la niña del cuento y que, agraciada, agraciada, lo que se dice agraciada, no era la chica. Lo siento. Aunque sí tenía fortuna por aquello de la cuna.

Bueno, pues, quince años cumpliría en este jueves en concreto, situado una veintena antes del mil quinientos, en que nos vemos mirando a la pobre princesita, que no era feliz de serlo, que se sentía encerrada en ese rol de: *ven tú, apuesto caza fortunas, que en venta yo aquí te espero. Mi padre trueca princesa por título de rancio abolengo, que adorne nuestra nobleza. Yo pongo: ajuar, palacio, más una plaza vacante de consorte muy real. Ah, los partos y la crianza también corren de mi cuenta. Tú sólo disfruta, macho ¿Qué otro chollo es comparable? ¿Qué otra oferta parangona a este gran lote completo? ¡Vamos, ya quisiera ese tal Wopper con queso!*

Y es de comprender, amigos, que, visto como estaba el mundo en este cuento (completamente inventado), las ofertas le llovieron a la pobre Cuchifrita; que ni el nombre le acompaña a aquella vulgar carita con gesto de *cabreada*, de niña feucha y gorda, de pobrecita mi niña, que por no haber nacido *Cuchifrit* tiene que asumir hoy, jueves, su inicio de *desposura*, sin poder elevar una cuita más allá de su criada, que la quiere como a hija, no en vano fue su nodriza, y que la está mirando ahora con ojos de amor de tata, viendo como a su niña se le acabó ya la infancia, pasando directamente de su padre a un *quien sabe*, sin haber saboreado ni un cacho de libertad en ninguna sucursal, reservada por derecho a los machos del lugar.

Si quiere seguir viviendo del cuento de su abolengo, tendrá que pasar por el aro del casorio concertado, subida en el alto privilegio de no tener que sudar todos los días al sol lo que a la noche se coma y, a la postre, consumiendo los meses de dos en dos, envejeciendo deprisa su desgraciada osamenta. Eso, si no muere jovencita antes de cumplir los veinte, echando un hijo al mundo que se le gire en el vientre en el último momento, y se atraviese en su vida poco más que sin remedio, pues como ya es sabido *la maternidad deseada a la par que anestesiada*, era una extravagancia muy, muy lejana todavía en aquel tiempo, de este jueves en concreto. (Cualquier jueves que no fuera a partir de los miles novecientos largos, en un mundo occidental, rico y medianamente ético... si eran escandinavos, quizás un poquito menos. Pero en cualquier caso, totalmente irrelevante en relación al montante del aguante

femenino, que se pierde allá a lo lejos en la noche de los tiempos, ya que, en cualquier cultura que se escarbe, aflora el hecho de que: ser mujer equivaldría a obligación sin derecho, y ésta a sufrimiento, para obtener como mucho, el premio de la exaltación divina, que es un coste harto barato: que Dios te lo pague, guapa)

Y de esto se lamentaba nuestra joven sin saber a ciencia cierta a qué se debía su mal genio, cuando su padre, el rey, mandara para llamarla y se presentase presto en el salón más real con que el palacio contara, todo lo acicalada que su presencia aceptara, pues había que pasar *consulta*; que los príncipes esperaban impacientes sacando pecho y echando vaho a la espada, para servir de señuelo, con el fin de que eligiera cuál de ellos iba a darle el nieto de más presencia, ya que, como hemos mencionado, de eso se barajaba, de comprar un buen esperma a cambio de niña blanca sobre baúles de oro y cara de disgustada.

Y no había nacido en siglos, al menos no trascendido, persona que dudase que el mundo podía ser un tanto diverso, y no como en un ajedrez, donde la pareja de reyes prima y manda, siendo el resto de la fichas, la mayoría, peones; que se podía aspirar a un colectivo diverso, donde el nombre fuera a menos y las personas a más; que la cabeza sirviera un poco para pensar en cómo vivir, no del cuento, sino sobre la certeza de dedicar los esfuerzos a una labor digamos... ¿socialmente edificante?

Pero dejémoslo ahí y pasemos a la niña, que la tengo en la ventana desde la página diez, y temo que un viento del norte me la constipe otra vez, teniendo que suspender tan succulento relato, por lo menos para mí; porque yo no sé qué será de la primera princesa en la historia de los cuentos, que se niega a desposar con el príncipe de turno, guapo, de genealógico puro y que tenga un gran jamelgo.

Veamos, pues, cómo sigue esta historia imaginada para distraer el rato...

- Cuchifrita, ya no llores de esa forma; que te vas a estropear tu lindo vestido blanco bordado en oro y en plata; que vas a tirar al suelo tu tiara de esmeraldas; que vas a reventar con hipos el corsé que te he enfundado con mucho trabajo y maña, y que te tiene en ayunas desde esta misma mañana para así quedar más ancho. Porque si no, ni respirar te saldría, criatura de mis desvelos...

Pero, mírame, carita guapa... bueno, limpia y enjoyada, que tampoco es moco de pavo pasar por engalanada; que tú no serás muy maja, pero para el caso es sobrado con lo del acicale; que si miras los retratos de las familias reales, hay algunos en *El Prado*, que no les tiramos piedras porque nos cuesta los cuartos...

Mas... ¿por qué dices, mi niña, que tu destino es aciago...? ¿Es que acaso una mujer puede aspirar a ser más arriba de tu rango? ¿Es que no debieras de estar que no cabes en las ropas, más que por comer pastel, henchida de orgullo toda? Veinte príncipes vinieron por los páramos helados, cabalgando sin descanso en busca de tu contento; de una sonrisa tuya que a ellos les dedicaras y les dieran esperanza de amores de desposados...

- Ama, ¡qué poco me quieres ya o no me has querido tanto como yo andaba pensando que pudiera ser verdad! Pero, ¿no entiendes que ellos no me quieren por mí misma? ¿No entiendes que mis retratos que, podían preceder a un encanto prometido en el congelado del cuadro, no me sirven de adelanto para la gracia que esperan? Que, visto lo visto, han corrido mis pinturas entre los reales joyeros, para, así, certificar si la tiara que luzco será presagio certero de la fortuna que acuño...

Yo, Cuchifrita, no valgo más que lo que vale mi vientre para albergar principitos que sigan montando a caballo o, pusilánimes princesas de largo cabello, largo... que yo como persona no valgo, ama, no valgo. Porque, sin gracia, esta princesa de cuento debiera dejar el cargo y pasar a los corrales a alimentar a los cerdos...

- Qué te repito mi niña que, aunque tus rasgos reales no sean de armonía pura, no eres primera ni última; que las infantas de los cuadros que se gastan, por ejemplo, en reinos mediterráneos, tienen el gesto más bobo; que me lo dijo mi hermano que es hombre muy estudiado de alcurnias muy principales, del presente y del pasado. Pero yo no acierto a comprender de qué te quejas, princesa. ¿Acaso no te parece suficiente lotería vivir en este regio palacio y veinte tíos esperando a que bajes al salón y les quieras dedicar una sonrisa de amor? ¡Yo es que me *rebailo* de gusto cuando me agarro el refajo y pienso por un segundo si yo estuviera en sus brazos...!

- ¿En qué brazos, loca ama? ¿de qué me estás platicando?

- De los veinte principitos que a vos están esperando; que si yo fuera la doña que a pretender se han lanzado, pediría una prueba de gallardía completa que por supuesto incluiría el salto del tigre o la hiena.

- Yo no sé de qué me hablas. ¡Tú que me ves llorando, tú que sabes que muero por no querer afrontarlo, te ríes y hablas de fieras como si eso sirviera de algo...! Yo no quiero que decidan mi destino entre unos cuantos, presididos por mis padres, los cuales andan frotándose ya las manos, sumando doblones de oro y territorios cercanos, con los que engrandecer el reino a costa de mi casado. Yo quiero seguir viviendo, del cuento, sí, lo confieso, pero quiero elegir: mi manera de vivir, con quién me acuesto, con quién me levanto, si canto o me hago un retrato, si tengo amantes o guardaespaldas...

- ¡Tú lo que eres es una guarra...! Tú lo que quieres ser, es como las de *Minoco*. Y con esas que refiero, creo que ya va marchando; que princesas modernillas no nos interesan tanto como las que en su lugar permanezcan impertérritas, haciendo honor al boato.

- ¿De qué princesas me hablas, acaso yo las conozco, viven cerca de mi antro?

- No me hagas caso, Cuchita. Eso también es una patraña que me trajo mi hermano Sebastián cuando vino de *las Galias*. Uno que escribió un panfleto titulado algo así como: *Amadís de Gaula*, le contó un par de cuentos de altas y reales damas, que no llegarán muy lejos por mucho que los publique aquel loco caballero; que dice también mi hermano, que se ha inventado por algún otro trastornado, creo que un germano, un artefacto que copia los libros por más de cientos. Imprenta es su nombre, creo. Por lo que pronto, cuenta que tendremos acceso al conocimiento para así discernir algo distinto a lo que predicán los curas...Ya ves, ¡como si hubiera algo más que interese a los ojos de un cristiano que las santas escrituras!